

últimos restos del Kulturkampf, y se ha obligado á presentar un proyecto de nueva ley escolar, conforme á los deseos del partido conservador y del Centro católico. Últimamente demostró cierta complacencia en probar con datos estadísticos que en quince años se habían fundado 621 casas religiosas, porque mientras en 1882 sólo había 914 casas, el año 1897 existían ya 1.535.»

No hace mucho tiempo, durante el año 1901, Varentrapp, profesor de historia moderna de la universidad de Strasburgo, dejó la cátedra que desempeñaba, y, en virtud del derecho de presentación que para la provisión de cátedras tiene, la facultad de filosofía propuso al Gobierno una lista de cuatro nombres, uno de los cuales, que es protestante, fué designado para ocupar la vacante, pero se creó al mismo tiempo una segunda cátedra de historia moderna que fué confiada al Dr. Spahn, que es católico. Los profesores protestantes se mostraron indignados por este nombramiento y, creyéndole obra de los ministros, acudieron al Trono para que reparase la falta cometida. y cuando en la universidad de Strasburgo se abrigaban mayores esperanzas de que el emperador desharia lo hecho, el gobernador de Alsacia-Lorena recibió un despacho concebido en estos términos: «He firmado hoy las cartas patentes del Dr. Spahn. Este será ciertamente un excelente profesor para la universidad. Me regocijo de poder así satisfacer los deseos de mis alsacianos-loreneses y probarles, tanto á ellos como á todos mis súbditos católicos, que las capacidades científicas, cuando están basadas sobre el patriotismo y la fidelidad al impe-

rio, serán siempre utilizadas por mí para el bien y la prosperidad de la patria»¹.

El viejo historiador Mommsen escribió un artículo de protesta contra el nombramiento de un católico y contra la decidida intromisión del emperador en este asunto, y todos los profesores anticatólicos del imperio le hicieron coro; pero el emperador no mostró preocuparse gran cosa. Con ocasión de las fiestas de Navidad del año 1901 envió su retrato á Mr. Althoff, que era quien había extendido el nombramiento de Spahn, y en ese retrato escribió este significativo proverbio: «¡No son los peores los frutos en que se ceban las avispas!» ¡Figúrese el efecto que esta dedicatoria produciría entre los profesores protestantes y racionalistas²....!

Muchos han creído que la unión que existe entre el emperador y el Centro indica que el corazón del joven soberano abriga sentimientos católicos debidos á la influencia de su augusta abuela, de quien se dijo, aunque tal vez no con bastante fundamento, que había muerto en el seno de la Iglesia Católica, y ha dado pábulo á esa creencia el ver las atenciones del emperador hacia los católicos y hacia las Órdenes religiosas. Tal vez—

1 Entre los católicos no se celebró este nombramiento tanto como parecía natural esperar: y es que el joven Dr. Spahn, á pesar de figurar como católico y hacer profesión de serlo, tenía concomitancias y antecedentes poco favorables para la profesión de una pura ortodoxia.

2 Acerca de este ruidoso incidente del Dr. Spahn puede consultarse el artículo *Les universités allemandes contre l'empereur*, escrito por A. Kannengieser y publicado en *Le Correspondant* del día 10 de Enero de 1902, pág. 42.

nocer el calificativo de católicos, se diferencia de los otros en cuestiones importantes esencialmente políticas, en un todo opinables, muchas de ellas circunstanciales, pero que los dividen lo bastante para no poder formar una sola agrupación política; y si á uno solo de esos partidos existentes se diera el nombre y el carácter de católico, habría de ser á costa de sacrificar las ideas puramente políticas de los que, estando hoy fuera de él, se creyeran en sus deberes de católicos obligados á ingresar en ese partido y de sujetar el Catolicismo y los intereses católicos en España á ciertas formas é ideas políticas que están muy lejos de ser esenciales para la práctica del Catolicismo, contrariando así la doctrina que Su Santidad ha expuesto, no en términos generales, ni con relación á otros países, sino dirigiéndose á los católicos españoles en época en que un solo partido trataba de monopolizar el nombre de católico, de que los pareceres puramente políticos «se pueden sostener en su lugar honesta y legítimamente, porque la Iglesia no condena las parcialidades de este género con tal que no estén reñidas con la Religión y la justicia»¹.

«La Iglesia rechaza en gran manera—dice nuestro gran Pontífice León XIII²— ser esclava de ningún partido y doblarse servilmente á las mudables exigencias de la política. Por la misma razón, guardando sus derechos y respetando los ajenos, piensa que no debe ocuparse en declarar

¹ Encíclica *Sapientiae christianae*.

² Encíclica *Cum nulli*.

qué forma de Gobierno le agrade más, con qué leyes se ha de gobernar la parte civil de los pueblos cristianos, siendo indiferente á las varias formas de Gobierno mientras queden á salvo la Religión y la moral. A este ejemplo se han de conformar los pensamientos y conducta de cada uno de los cristianos. No cabe la menor duda que hay una contienda honesta hasta en materia de política, y es cuando, quedando incólumes la verdad y la justicia, se lucha para que prevalezcan las opiniones que se juzgan ser más conducentes que las demás al bien común. Pero arrastrar la Iglesia á algún partido ó querer tenerle por auxiliar para vencer á los adversarios es propio de hombres que abusan inmoderadamente de la Religión. Por el contrario, la Religión ha de ser para todos santa é inviolable, y aun en el mismo gobierno de los pueblos, que no se puede separar de las leyes morales y deberes religiosos, se ha de tener siempre y ante todo presente qué es lo que más conviene al nombre cristiano; y si en alguna parte se ve que éste pelagra por las maquinaciones de los adversarios, deben cesar todas las diferencias, y unidos los ánimos y proyectos, peleen en defensa de la Religión, que es el bien común por excelencia, al cual todos los demás se han de referir»..... «Se ha de huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la Religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del Catolicismo á los que pertenecen á otro partido. Esto, en verdad, es meter malamente los bandos en el augusto campo de la Religión, querer romper la concordia fraterna

y abrir la puerta á una funesta multitud de inconvenientes» 1.

Pero si no es posible, al menos por ahora, formar en España un partido político católico idéntico al alemán, la unión de los católicos españoles en el terreno político-religioso es una aspiración que toma cuerpo cada día, y de la que se hacen con frecuencia ensayos parciales que el mismo episcopado procura y que hasta el Sumo Pontífice recomienda, y esta unión es de absoluta y urgente necesidad para los católicos españoles.

Entre los muchos documentos que podrían citarse en que consta el deseo de Su Santidad de que los católicos se unan, es especialmente expresiva la Encíclica *Cum multa*, dirigida, como antes se ha dicho, á los católicos españoles, en la que dice que «los partidarios de bandos contrarios, por más que disientan en lo demás, en esto conviene que estén de acuerdo, en que es preciso salvar los intereses católicos de la nación. Y á esta empresa noble y necesaria, como unidos en santa alianza, deben con empeño aplicarse todos cuantos se precian del nombre de católicos, haciendo callar por un momento los pareceres diversos respecto á política». Y el ver que esa unión, tal como Su Santidad la deseaba, encontraba entre muchos católicos españoles resistencias que la hacían imposible, hizo que el Santo Padre, en carta dirigida al hoy cardenal Casañas, entonces obispo de Urgel 2, manifestase su pesar en estos términos:

1 Encíclica *Cum multa*.

2 En 20 de Marzo de 1860.

«Es en verdad deplorable que engañados muchos, y entretenidos por opiniones de partidos ó banderías políticas, no menos que por humanos intereses, hayan descendido á la arena para combatir unos con otros bajo la dirección y mando de unos pocos que abusan de la eximia religiosidad de ese pueblo, para humillar á los adversarios con los que se hallan en desacuerdo en materias políticas, para satisfacer codicias y privadas aspiraciones, y para convertir en propia substancia las cosas que son de Dios. Cuál sea el espíritu de que se hallen dominados esos jefes en su modo de obrar, lo demuestra el hecho de que se arroguen en la Iglesia el ministerio de la enseñanza, pronunciando su fallo acerca de la fe y la sana doctrina de sus hermanos; que no quieren reunirse en las empresas que á la Religión interesan con aquellos que tienen enfrente, ni aún dentro de los mismos templos; que se llenan cada día recíprocamente de públicos ultrajes por medio de la prensa periódica; que, desnaturalizando y torciendo el sentido de documentos, de suyo nada equívocos, en los cuales reprueba su conducta la potestad eclesiástica, los aplican á su propio parecer y dictamen; que al ser severamente amonestados, no cesan de buscar sagazmente escapes y eflujos, finalmente, que desconfiados y recelosos con sus pastores, aunque de palabra manifiestan acatamiento y reverencia, mas de obra y de verdad menosprecian su autoridad y dirección.... Estas contiendas y solapadas enemistades, enteramente indignas de la condición de cristianos no sirven para el fomento de la Religión y de la verdad, se-

gún se pretexta, sino para otros propuestos fines. Por lo cual, si después de tan extraordinaria solitud, inútilmente empleada por Nós y por los obispos para desviarles de una senda erizada de escollos, se obstinan persistiendo en su tenaz juicio, cosa clara es que aborrecen la luz y que prefieren ser ciegos y guías de otros ciegos. Todo lo cual es para Nós muy sensible; pero se Nos hace todavía más acerbo el ver que en estas contienidas, por todo extremo lamentables y menguadas, hayan tomado parte algunos eclesiásticos que se han olvidado de su deber, y lo que es aún peor, algunos religiosos de antiguo distinguidos por su fidelidad y amor á la Sede Apostólica, los cuales, secreta ó públicamente, ayudan á que este mal arraigue del todo y se propague más y más, con gravísimo daño de los más altos intereses de la Iglesia y de la patria.» Y termina el Romano Pontífice esta carta exhortando á que los católicos todos trabajen por realizar sus vehementes deseos, «atendiendo á la voz de sus pastores, y puesto por debajo todo mundano interés, con ánimo vigoroso, digno de la fe de sus padres, y con estrechísima unión de voluntades, se lancen á la carrera, á manera de falange, para la defensa de la Madre común, que es la Iglesia».

Igual deseo manifestó el Romano Pontífice al contestar al mensaje que los prelados le habían dirigido con motivo del Congreso Católico de Zaragoza, y en la alocución que dirigió á los peregrinos españoles en 1894, en que Su Santidad dijo estas palabras: «Es necesario que todos los católicos de España se persuadan de que el bien su-

premo de la Religión pide de su parte unión y concordia. Es necesario que den treguas á las pasiones políticas que los desconciertan y dividen, y, dejando á la Providencia de Dios dirigir los destinos de las naciones, obren enteramente acordes, guiados por el episcopado, para promover, por todos los medios que las leyes y la equidad permitan, los intereses de la Religión y de la patria, y compactos resistan á los ataques de los impíos y de los enemigos de la sociedad civil.»

El deseo de esa unión se ha manifestado constantemente en los congresos católicos, siquiera con frecuencia los mismos que la pedían la alejaban más cada vez con su conducta, y, en los de Zaragoza y Burgos muy principalmente, el episcopado llegó á fijar bases concretas para esta unión sin proponerse formar un partido político, y el mismo episcopado, reunido en el Congreso recientemente celebrado en Santiago de Compostela, en que esa aspiración se manifestó una vez más, decía en su instrucción pastoral: «No podíamos dejar de hacernos cargo de la aspiración general de los buenos y sencillos fieles suplicando á todo trance la recomendada unión de los católicos. Este ha sido nuestro constante pensamiento y ensueño; este debe ser el primer remedio de nuestros males; esta es la primera palabra para la reconquista de las almas: disponer á los cristianos como el Espíritu Santo dibuja á sus adeptos: *sicut castrorum acies ordinata* (á manera de bien organizada milicia). Y la fórmula de este sublime orden, de esta ansiada organización, consiste en la adhesión y obediencia de los fieles á sus obispos y de

y esto es lo más probable — esas demostraciones son hijas de miras políticas, lo que demuestra hasta qué punto los católicos se han hecho acreedores al respeto hasta de los más altos poderes del imperio, que se ven precisados á guardarles consideraciones porque necesitan de su concurso.

El número de católicos ha aumentado en Alemania durante los últimos años. Según el empadronamiento de 1900, existen en el imperio 35.231.810 protestantes y 20.327.913 católicos, á pesar de que el Catolicismo sufre muchas pérdidas á causa de los matrimonios mixtos, y si, no obstante esas pérdidas, el número de católicos ha aumentado, este aumento es principalmente debido á que en las familias católicas, por lo mismo que es mayor la moralidad, es mayor el número de matrimonios y más abundante la sucesión legítima, y á que muchos católicos inmigran de Austria.

VIII

Muerto Windthorst, los enemigos del Centro católico esperaban con júbilo anticipado que éste perdería toda su importancia y no tardaría en venir á tierra por falta de su principal apoyo; pero el Centro no era una institución personal, no dependía ni en su organización ni en sus funciones de la voluntad ni menos del capricho del hombre ilustre que se hallaba á su frente; respondía á una

necesidad muy generalmente sentida, era un edificio levantado por el trabajo perseverante y entusiasta de muchos hombres eminentes de corazón y sostenida por la adhesión del pueblo católico; y si Windthorst estaba á su cabeza, era porque en él encarnaban aquellas ideas y aquellas aspiraciones de muchos millones de católicos, y porque él había sido el primero en luchar por la causa que el Centro defendía, y, cuando una institución se encuentra en estas condiciones, la falta de la persona que está á su frente y que lleva su representación, por sensible que sea, y lo fué mucho en este caso, no es nunca causa de su muerte, y por eso el Centro católico, contra lo que sus adversarios esperaban, siguió cada vez más pujante.

Los periódicos enemigos del Centro propalaron con gran algazara que en él existían hondas divisiones que comprometían seriamente su vida entre la tendencia aristocrática y la democrática, y esas escisiones, ni eran tan hondas como los enemigos del Centro decían, ni tenían la importancia que quería dárseles.

El canceller Caprivi, que había sustituido á Bismarck, había sabido conquistarse las simpatías del Centro, de cuyo apoyo necesitaba; pero los católicos fueron comprendiendo que no podían confiar gran cosa en las intenciones del canceller, y como se negaron á aprobar los créditos que éste les pedía, se declaró en abierta oposición al Centro. En las elecciones próximas, el Gobierno persiguió cuanto pudo á los candidatos católicos, prestando apoyo á cualquiera otro que luchase en contra de alguno del Centro, y hasta procuró que

algunos católicos se prestaran á presentar su candidatura frente á otras candidaturas católicas del Centro, para cuya estratagema no le faltaron algunos nombres, y en vista de esta actitud del Gobierno, los socialistas se aprestaron con mayor ahinco á la lucha en los distritos católicos.

Por otra parte, el Centro tenía que luchar con la división que en él habían introducido esas dos tendencias aristocrática y democrática que de hecho existían. Cuando se discutió el proyecto de ley militar, una fracción del Centro, el ala derecha, votó la ley, mientras que la rechazó la inmensa mayoría. Desde entonces, aquel grupo del ala derecha, al que se llamó ala aristocrática, capitaneado por el barón de Huene, se manifestó en oposición al resto del Centro católico, al que se llamó ala democrática, y desde que el canciller Caprivi leyó el decreto de disolución del Reichstag, aquella ala aristocrática se separó completamente del Centro y le hizo guerra encarnizada. Había entre aquellos disidentes hombres que habían prestado servicios eminentes á la causa católica, como el barón de Schorlemer-Alts, y si á esta agrupación se le llamó ala aristocrática, fué porque la inmensa mayoría de los que la formaron eran aristócratas, aunque otros muchos aristócratas, continuaron fieles al Centro y votaron en contra de la ley militar. Muchos de esos disidentes volvieron después al seno del Centro y otros se separaron de los que les habían arrastrado, y permanecieron después en una actitud neutral, y todos, ó la mayor parte de los que produjeron esta escisión eran personas que, por unas ú otras razones, general-

mente por conveniencia personal, tenían interés en estar en buena armonía con el Gobierno.

Sin embargo de la presión oficial y de esa división que en el seno del Centro había surgido, las elecciones de 1893 demostraron que el Centro continuaba siendo la fortaleza inexpugnable que hasta entonces había sido, y debióse sin duda en gran parte este feliz resultado al celo é inteligencia del caudillo que había seguido á Windthorst en la jefatura del Centro. El doctor Lieber, en quien concurrían dotes excepcionales de ilustración, de talento y de elocuencia, luchó en esta ocasión con tan feliz resultado que en el primer escrutinio obtuvo 82 triunfos y 32 *ballottages*, muchos de los cuales significaban otras tantas victorias, y en el segundo escrutinio ganó diez puestos más, con lo cual el número de diputados católicos en el Reichstag fué el mismo que hasta entonces había sido, y mientras que el Centro se robustecía en sentido democrático, el ala derecha quedaba casi por completo disuelta ¹.

1 En los primeros días del mes de Abril del año anterior, los periódicos han dado noticia de la muerte del doctor Lieber, acaecida en Camber, su pueblo natal, cerca de Coblenza, á los sesenta y cuatro años de edad, y la prensa toda ha hecho de él grandes elogios. La sencillez era la nota distintiva de su carácter; en Berlín, su hospedaje era la humilde celda de un convento.

Actualmente el jefe del Centro es el conde de Ballestrem, presidente del Reichstag.

IX

Al Centro católico alemán, y á la hábil política de León XIII, se deben todos esos triunfos del Catolicismo en Alemania, y la existencia y organización de ese Centro, que ha sostenido lucha tan gloriosa contra los enemigos de la Iglesia, son hijos principalmente de la unión admirable de aquellos católicos, y del gran sentido práctico y talento extraordinario de sus jefes.

La impresión que en el ánimo de todo católico español produce la lectura de la organización y de los trabajos del Centro católico alemán es de pesar porque en España no se haya copiado una organización á todas luces conveniente para los intereses de la Religión y de la patria misma, y el deseo de que esa organización se implante como copia exacta del Centro católico alemán, y esta impresión, tan natural é inevitable, nos obliga á hablar, siquiera sea someramente, de si es ó no posible que por los católicos españoles se haga una reproducción exacta de la obra de los alemanes, y caso de que esto no sea dable, hasta dónde podemos y debemos llegar, dadas las circunstancias que nos rodean, en el camino por ellos emprendido, cuestión que hoy reviste una actualidad y una importancia extraordinarias.

Digan lo que quieran ciertos autores de derecho político, parece indudable que la existencia de

partidos es para una nación un mal inmenso, mal más ó menos necesario, más ó menos remediable, pero mal al fin digno como tal de lamentarse, porque la idea de partido implica la de parcialidad y de lucha, la oposición de ideas y de intereses, la pugna por el poder y, como consecuencia de todo, el desarrollo de apetitos y pasiones malsanas que, si siempre son causa de perturbación y de desorden, constituyen un verdadero cáncer social en naciones meridionales como la nuestra, en que la pasión ocupa con frecuencia el sitio y las funciones que corresponden á la razón fría y serena. *Omne regnum divisum contra se desolabitur*, dice Jesucristo, y si la división no existiese, los partidos políticos tampoco existirían.

El ideal de la organización política de una nación debe ser, no el de banderías enemigas, sino la estrecha unión de acción y de pensamiento de todos los que la forman, pero la unión en el bien y para el bien, porque solamente esto puede conducir á la sociedad y á los miembros que la constituyen, al fin que individual y socialmente deben proponerse.

La obra, pues, verdaderamente patriótica y cuya realización significaría un paso gigantesco en la organización social de nuestro país, sería, no el crear un partido católico exclusivo, sino catolizar todos los que las diferencias de orden puramente político han creado, el lograr que el carácter y el sello de Catolicismo estuviese impreso y patente al frente de cada organización política, porque ese carácter y nota culminante es compatible, generalmente hablando, lo mismo con el credo

político que se funda en la organización monárquica. que con el que proclama el régimen republicano; lo mismo con principios centralizadores, que con aspiraciones de descentralización; ¡que no cabe encerrar la Religión Católica en los moldes estrechos de los principios y aspiraciones puramente políticas de un partido!

Pero es el hecho que, aunque con frecuencia se afirma que todos los partidos en España son católicos, el Catolicismo de algunos es tan problemático, ó por mejor decir, tan nulo, que además de estar por lo menos excluído de sus programas, aunque en la vida privada algunos ó muchos de sus partidarios practiquen con más ó menos escrupulosidad la Religión Católica, como agrupaciones políticas se ponen de frente con los principios proclamados por la Iglesia, defienden doctrinas por ella condenadas, se complacen en oponerse á las enseñanzas y mandatos emanados del Sumo Pontífice, persiguen de muerte á la enseñanza católica y á las personas y cosas de la Iglesia, y si proclaman la libertad, la practican para defender toda institución, toda secta, toda sociedad, persona ó acto contrario á la doctrina del Catolicismo y á su moral, y en cambio aplican los principios de la más despiadada tiranía para matar toda enseñanza católica, toda asociación religiosa, toda manifestación, en fin, de Catolicismo, á despecho y con desprecio de los avisos y lamentos paternales que salen del corazón del augusto Pontífice, cabeza visible de la Iglesia. Para esos partidos políticos es no sólo disculpable, sino grandemente defendible con arreglo á los principios de libertad

que proclaman, el que la joven de familia honrada á quien compañías ó enseñanzas inmorales han sumido en el abismo del vicio, se una á otras desgraciadas y establezcan una casa de prostitución; pero es intolerable como contrario á la libertad, que esa joven que permanece virtuosa ó que reconoce sus faltas y se arrepiente de ellas pronuncie el voto de castidad en una casa religiosa, y que se funden ó se conserven Asociaciones religiosas para la práctica de las virtudes cristianas, para el socorro del pobre, para la asistencia del enfermo, para la enseñanza del joven; es sagrado, porque se funda en la libertad, el derecho del periodista para calumniar groseramente al pacífico ciudadano ó al sacerdote indefenso, y para propagar las enseñanzas más inmorales, el derecho del orador que en reuniones anticlericales y antisociales despotrica contra todo lo divino y lo humano, y hasta el del alborotador pagado que vocifera é insulta y que blasfema hasta de lo más santo; pero es inadmisibile que los católicos practiquen pública y ostensiblemente los actos del culto, que los oradores sagrados ó profanos expongan lo que ha sido y es doctrina de la Iglesia, que circulen con libertad las enseñanzas del Papa y del episcopado, y tachan de terrible intolerancia el que los religiosos calumniados y los católicos escarnecidos hagan oír siquiera una voz de queja contra tamañas injusticias.

A tales partidos, que defienden esos sistemas y que no los toleran como mal menor é irremediable, sino que pugnan por hacerlos triunfar y por implantarles en la práctica ¿se les puede llamar

católicos? En modo alguno, no puede llamarse católica á una agrupación que, más ó menos hipócritamente, persigue al Catolicismo y desoye la voz de la Santa Sede, como no puede llamarse elegante al hombre de formas groseras, ni valiente al que es cobarde, ni escuela de virtudes á una casa de juego. Es, se me dirá, que esos partidos á sí mismos se llaman católicos, por lo menos cuando á sus fines así conviene; es que creen que todo lo que hacen es compatible con las doctrinas de nuestra Religión, y suponen que los que no piensan como ellos son exaltados clericales.

No hay duda que ese es el argumento de muchos que, ó quieren convencer á otros de lo que si les hablaran con franqueza sería difícil convencerlos, ó tratan de engañarse á sí mismos; pero qué valor tiene esa distinción entre Catolicismo y clericalismo, lo hemos visto ya en el capítulo II.

Lejos de mi ánimo el constituirme en pontífice, ni el lanzar contra nadie excomuniones; prefiero salvar las intenciones de todos, aunque me queda el escozor de suponer que entre esos políticos los hay que si se llaman católicos es porque tienen la bastante sagacidad para llevar á remolque de ese modo á otros muchos que, siendo tal vez de corazón sano y de instintos católicos, y alguno de ellos hasta piadoso, se dejan llevar por ambiciones bastardas, ó tienen lo bastante desocupada la cabeza para no comprender que entre ser verdadero católico y perseguidor de la Iglesia no hay compatibilidad posible; y no por constituirme en dispensador de patentes de Catolicismo, sino por manifestar una idea que no es mía solo sino de todo

el que de buena fe medita sobre estas cosas, diré que los partidos que de esa manera se conducen, digan lo que quieran de buena ó mala fe sus secuaces, al menos prácticamente son anticatólicos.

Frente á estos partidos, á los que sin escrúpulo alguno creo que puede titularseles anticatólicos, no hay en España una agrupación única que enarbole como bandera también única de partido la divisa de la Religión Católica. Hay, ciertamente, partidos políticos formados en su inmensa mayoría por hombres de corazón sanísimo y de ideas excelentes, partidos que hacen de la Religión y del nombre católico la divisa y el principal fundamento de sus principios políticos, y que en este concepto llevan con justicia la denominación de católicos, y hay otros en los que no son esos principios base de su existencia, ni es esencial para pertenecer á ellos el carácter de católico, y en los que, si se admiten y hasta se practican algunos principios de los partidos más avanzados, se hace esto ó se aparenta hacer, en hipótesis, como mal menor irremediable, y á título de mal menor y de hipótesis admiten esos principios muchos de sus partidarios, y en estos partidos, á los que no puede llamarse católicos porque no es su aspecto religioso fundamento y nota esencial de su organización, no cabe duda que pueden haber y se encuentran de hecho muchos buenos católicos que en materias políticas tienen distintas ideas que las de los partidos antes mencionados, y á quienes los más exaltados tachan de réprobos y casi de herejes, pero á quienes la Iglesia, única autoridad en

la materia, mira como hijos, á veces predilectos, complaciéndose en reconocer y aplaudir su Catolicismo.

Nótase más cada día la aspiración de muchos católicos españoles de formar una agrupación única y poderosa frente á los partidos anticatólicos, y se siente cada vez con más urgencia la necesidad de establecer una unión estrecha, no en lo que al dogma y á la moral solamente afecta, que en este punto esa unión existe por fortuna, sino en lo que se refiere á las cuestiones político-religiosas y en lo que concierne á la acción social católica, y este deseo, esta necesidad de unión de los elementos católicos se traduce por muchos en la aspiración de que se forme un partido católico, acariciando los unos la idea de que ese partido sea una agrupación nueva, y teniendo muchos de los que están afiliados á partidos políticos determinados la pretensión de que todos ingresen en el suyo, y esa tendencia hacia la unión aumenta cada día á medida que el despiadado despotismo de los partidos que alardean de liberales, conduciéndose como déspotas, se recrudece en contra del Catolicismo.

Si lo que se quiere es formar un partido católico tal como aquí se entienden los partidos políticos, es decir, una agrupación con una jefatura determinada y con un programa al que los partidarios presten su conformidad y su cooperación, que contenga todas las soluciones de los problemas políticos del momento que desde las esferas del poder han de resolverse, en oposición y hasta en lucha con los demás partidos existentes, sería ne-

cesario empezar por unir á los católicos en las mismas aspiraciones políticas, y agrupar á todas esas fracciones que hoy militan en campos diferentes bajo la misma bandera, no sólo religiosa, sino política. ¿Y sería posible unir en un solo partido, con un mismo programa político y bajo una misma jefatura, á los que empiezan por no estar conformes acerca de quién ha de ocupar el Trono y á los que no han resuelto aún si el Trono debe estar ocupado; á los que sostienen que las circunstancias actuales de la Nación española permiten implantar en ella la tesis católica en su mayor pureza, con los que juzgan que esas mismas circunstancias obligan á contentarse hoy con la hipótesis? La imposibilidad que existe para que esta aspiración, por noble que sea, pueda realizarse, salta á la vista, y hoy por hoy es seguro que cuantos esfuerzos se hicieran en este sentido serían por completo infructuosos y hasta contraproducentes.

Si á una de las existentes ó á una nueva agrupación política se le diera el nombre de partido católico, nos encontraríamos siempre con el inconveniente de que la existencia de un partido católico supondría la negación de este carácter en los demás partidos, porque si hubiera más de un partido católico no habría razón para que uno solo monopolizase este nombre; ¿y es hoy posible en España dar el nombre de católico á un solo partido y tildar por ende de anticatólicos á los demás que no sean ese? ¿Habría razón para hacerlo así? Además, cada partido ó agrupación política de los existentes, aun aquellos á quienes hay que reco-